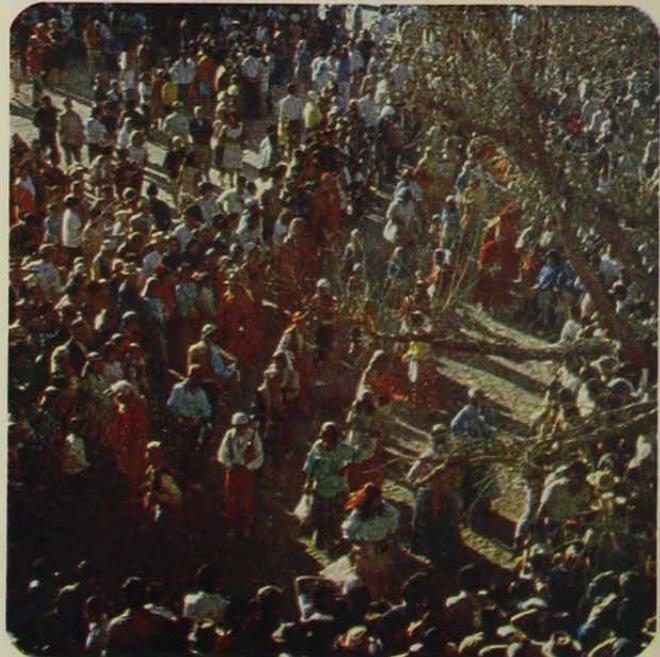
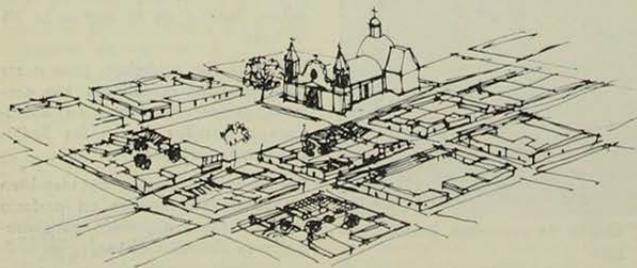
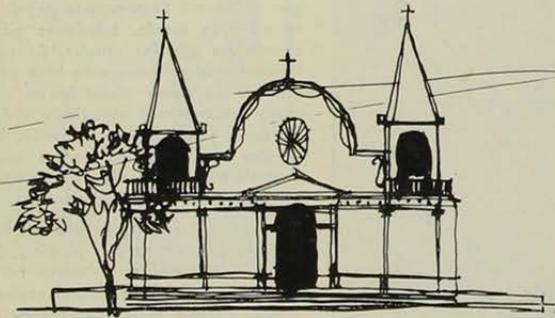


LA FIESTA DE

La TIRANA

CARLOS BARELLA IRIARTE



El desierto inabarcable, dilatado entre espejismos y montañas azules, se va tiñendo de cambiantes colores brotados de las rocas y de sus entrañas metálicas. El silencio, campana enmudecida, pesa sobre la pampa y los salares. Cuando el viento se detiene, se escucha este silencio y en los oídos recelosos resuena sólo el circular de la propia sangre. El paisaje lo forman la cúpula del cielo y el horizonte de este mar de aluviones andinos, drama mudo y contenido, vivencia inexplicable de fuerzas telúricas que duermen más allá de la apariencia que es capaz de percibir el hombre. Sentirse como lo único viviente, —tenué latido en el ámbito gigante— tanta vanidad gastada en vano, tanto amor a sí mismo y tanta pequeñez extraviada en este océano de arenas y de sales.

En el Norte de Chile, en la Pampa del Tamarugal, próximo al paralelo 20, está situado el pueblo de La Tirana, a 84 kilómetros de Iquique y a 1.010 metros de altura. Es un villorrio que durante todo el año está prácticamente abandonado, pues las casas que en él existen se ocupan sólo durante las fiestas de la Virgen. En los primeros días de julio comienza a cobrar animación y llegan caravanas de camiones llenos de enseres domésticos para las familias y los visitantes que asistirán a las festividades.

Subir los ojos a la altura —a la altura de los cóndores en vuelo o a la de los hombres en sus bulliciosas máquinas volantes— y contemplar desde allí la extensión ilimitada. Hacia enfrente, la Comarca de los Espejismos; a la derecha, la ancha cordillera rajada por quebradas y gargantas basálticas, —Tarapacá, Mamiña, Sagasca—; a la izquierda la altiplanicie destrozada en abismos que caen hacia el mar y dejan estrechas porciones de litoral —Pisagua, Iquique, Tacopilla—; y hacia atrás, el ampo, no por cierto de las nieves, sino de los salares refulgentes. En el centro del desierto, el caserío apenas dibujado por sus calles indecisas, la plaza y la iglesia con su domo ingenuo y rodeando la cintura, los tamarugos, espaciados, vacilantes, que arrojan su sombra verdinegra sobre la arena amarilla. Desde la altura es un accidente apenas —¿un espejismo?— y el templo de torres puntiagudas, un barco fantasma navegando en el arenoso océano.

El pueblo entero, al que llegan cerca de 30.000 peregrinos entre bailarines, promeseros, devotos de la Virgen, comerciantes y turistas de todo Chile y de Perú, Argentina y Bolivia, vive durante una larga semana en forma agitada y febril. Las seis u ocho calles, por las que apenas se puede transitar, bullen de la mañana a la noche con un comercio que abarca desde las máscaras y las figuras de yeso que representan a los diablos, las especies, los tejidos multicolores, pilas japonesas y jabones americanos que se encuentran en la feria boliviana, hasta los sombreros de paja, artículos de fierro enlazado, muebles de caña, imágenes de la Virgen, que venden los comerciantes chilenos. En medio de todo esto innumerables cocinerías improvisadas ofrecen cazuelas, sopaipillas, asados, picante y huesillos con mate. En ninguno de los negocios se expende alcohol, pues el pueblo es declarado zona seca durante todo el mes de julio.

Pero, de pronto, al nivel de los hombres, descendiendo de las alturas del aire enrarecido, la plaza de polvo hierve de escarlata, de verdes, de amarillos, de índigos, de bermejos, de gualdas y el ámbito cerrado por casas de barro e iglesia bordada en madera y calamina, resuena con el estruendo rítmico de cientos de tambores. Los ojos cansados de desierto, de pampa ilimitada, —línea horizontal y cúpula de cielo— se colman de una policromía danzante de rasos y terciopelos, de gasas transparentes y floreadas, de mostacillas, de vidrios, de oro y plata bordados sobre pana dura. Entre el polvo y el estrépito, la conciencia se asoma a un mundo de luces y de rayos, de sonidos y de estruendos desatados, de una fuerza vital emergiendo de la tierra castigada por fuego y aire seco.

Las sociedades o hermandades religiosas llegadas a La Tirana suman más de cien. Chinos, chunchos, callacas, morenos son los conjuntos más tradicionales y de gran pureza folklórica. Posteriormente han aparecido otras agrupaciones como gitanos, pieles rojas, cosacos, árabes, marineros, que dan mayor animación y colorido a las presentaciones, pero que no son netamente folklóricas. Los grupos están dirigidos por los caporales, que al son de un pito marcan las distintas figuras coreográficas.

¿Fue cuando los Incas, Hijos del Sol, hastiados de tanta piedra construída y de tantas cumbres escalares, bajaron a asomarse a las aguas del océano y, a su paso hacia los mares, fueron contaminando de púrpura y cinabrio, de laca y carmesí a los hombres de los páramos salobres? ¿Fue cuando emplumados, cubiertos de máscaras, rodeados de Guerreros, de Sacerdotes y de Jueces, descendieron por las cuencas de basalto a las pampas de arena, limo y cascajo, recorriendo en séquito el Imperio del Sol, y el ritmo de los tambores imperiales, el llanto de la quena andina se prendió en las orejas de los solitarios pastores de llamos? ¿Fue, acaso, cuando los hombres construyeron sus templos con sillares gigantes para hablar con los dioses del Olimpo de selvas y volcanes, mucho antes que en América aparecieran los mejores tonsurados y sus cruces de madera?.





Los diablos o figurines son bailarines aislados, cuyos atuendos y máscaras —de riqueza y colorido impresionantes— son de extracción netamente boliviana. Estos diablos, ejecutando grandes saltos, se unen a cualquiera de los grupos y le dan mayor vida y animación a las danzas, ordenan a sus bailarines y despejan el espacio de público. La música que los acompaña se basa principalmente en melodías bolivianas, chilenas y peruanas, predominando el sonido de los tambores, pitos, zampoñas, matracas, queñas y trompetas.

Verde, azul, anaranjado, negro, amarillo, escarlata. Dos filas paralelas en continua danza. Púrpura, índigo, gualda, bermellón. Bailan al ritmo de tambores. La plaza se cruza de flautas. La muchedumbre se agita excitada, impaciente. Suenan los tambores. Los colores se cambian a cada instante, giran los cuerpos y el negro de las contracapas de terciopelo se recorta contra rojo, laca, coral y carmesí. Sobre las cabezas, emergen las máscaras barrocas de los Diablos, relucen sus espejos, se llenan de sol y sombra los ojos redondos y desorbitados, se encrespan y retuercen sus cuernos policromos, danza la cabeza del dragón verde. Caracolean las capas, relucen las monedas, la mano enguantada se eleva hacia el cielo, se refuerce el ruedo y ahora es verde, azul turquí, escarlata, gira el muslo y el pie golpea la tierra. Aparecen máscaras, otras máscaras, y sobre la plaza y sus gentes reina Luzbel multiplicado.

La máscara del Diablo, bajo el sol luminoso del desierto, se ve fulgurar, encarnada y desafiante, contra la celeste dignidad de la cruz.

Los homenajes a la Virgen tienen un curioso sentido primitivo. Cada sociedad religiosa entra a la iglesia a saludarla. Se canta, entonces, las "entradas", que son cuatro: la primera en la Cruz del Calvario, cerca de la plaza; la segunda, en la plaza; la tercera entrada se canta frente a la iglesia; y la cuarta, al cruzar el umbral del templo. Ante la Virgen se ejecutan danzas y se entonan cantos de saludo y adoración, cuyas letras son tristes y nostálgicas, dominando la cuarteta octosilábica. Si el saludo es al alba, se entona el "canto de las albas"; en la mañana se le dan los "días"; en la tarde, las "tardes"; y posteriormente se le dan las buenas noches. A medianoche se entonan "las visperas", para reiniciar los bailes y saludos con el canto "de las albas", al amanecer siguiente. Y es así como todas estas hermandades religiosas, formadas por pescadores, mineros, obreros, navegantes, por espacio de una semana pagan sus promesas cantando y bailando, durante las veinticuatro horas del día, en homenaje a su patrona.

Todo el ámbito de la plaza es muchedumbre que se agita entre colores y estruendos. No es un acontecer pasivo sino una actitud de participación dentro de un drama mágico, con leyes y convenciones, con ritual de formas, vestidos y músicas del mismo ritmo. Han venido desde lejos, han bajado desde las montañas, han atravesado los desiertos o han subido desde las costas del litoral, han abandonado sus quehaceres, sus trabajos, sus casas, y se han instalado aquí, apretujados, agrupados, en un transcurrir diferente de sus vidas, viviendo un milagro, siendo protagonistas conscientes de un drama épico y trascendente. Han esperado muchos días, porque demora un año el peregrinaje por el tiempo para venir aquí a renovar el contacto con los dioses y olvidar las penurias y fatigas del vivir cotidiano. Ahora son actores, no más servidores del hombre. Ahora son intermediarios entre el Reino de la luz del Más Allá y el propio barro. Y así, ebrios de rito, trasmutados, convertidos en hijos de la siempre Bienaventurada, soberbios y humillados a la vez, olvidan —por desgracia y ojalá sólo por estos días—, que es más importante para el Hombre conquistar con luchas y combates el Reino Luminoso del Más Acá. Pero, es que duros y crueles fueron con ellos. La arena del desierto y los cristales del salar se tiñeron muchas veces con la sangre, porque era menester para los poderosos arrancar con mano ajena el salitre o la piedra o las sales verdes y rojas del cobre.





Un hombre hace atronar los aires batiendo las campanas fundidas en 1818 con plata de Huantajaya. Ha venido desde tierras lejanas a cumplir la promesa de repicar en homenaje a su Señora.

El sol ha descendido un poco. Ilumina ahora a contraluz a la multitud reunida. Un polvo dorado flota en el aire y esfuma las figuras que continúan en su danza.

Se hizo un silencio. Bajo el arco principal de la iglesia, recortada contra la sombra de la nave, ornada de paramentos regios, apareció la imagen, luminosa, bañada de frente por el sol, radiante de relumbres y destellos. Iba soportada en su anda carpintera, tosca y maciza, que descansaba en las manos y en los hombros de sus siervos más amantes. Entonces, la plaza y su gente se revolvió, se agitó en el paroxismo y estalló en estruendos de músicas y gritos, de matracas y tambores, panderetas y clarines, flautas y bombos golpeados por brazo encabritado. Para abrirle triunfal camino entre el apretado gentío, se iba haciendo detonar regueros de pólvora minera. Las campanas de plata parecían estallar al impacto ineluctablemente del badajo.

Culminan las festividades con la procesión del 16 de julio, día de la Virgen del Carmen. La "Señora" o Virgen Grande, que es la imagen primitiva, no puede ser sacada de la iglesia y permanece allí en un altar especial, recibiendo el homenaje de bailarines y peregrinos. Pero, en cambio, a las cuatro de la tarde, profusamente engalanada, hace su aparición en el pórtico la Virgen Niña, imagen traída desde el Perú y que tiene varios siglos de antigüedad. En ese momento la exaltación alcanza su más alto grado.

Alta la imagen, recortada contra la diáfana y transparente atmósfera; alta, por sobre las cabezas de los hombres y los cuernos retorcidos de los Diablos, inmutable, serena, sonriente, sintiéndose adorada, navegaba en la marea de sus hijos, con apenas un pequeño bamboleo que no alcanzaba a dañar su dignidad de Señora del Desierto, Patrona y Generala de Guerreros. Avanzaba lentamente, hermosa de rostro, blanca y sonrosada —descendiente de otras razas— en dirección al sol. La seguían los ojos y las manos, los corazones enamorados, los gritos y las músicas, las conciencias poseídas de fe, las danzas y el ritmo incesante de los tambores. Rodeando su cuerpo de la cabeza a los pies, llevaba una aureola de flores —rosas, claveles, dalias— traídas de lejanas regiones unas y otras recogidas en los huertos escuetos de los oasis. Racimos gigantes de naranjas le daban, en una región donde todo es aridez y desamparo, un aspecto de Diosa vegetal o Madre de la Fertilidad y la Abundancia.

Alrededor de la Virgen de La Tirana existen innumerables leyendas. El historiador peruano Rómulo Cuneo Vidal recogió y popularizó la versión más aceptada, de la que se conocen algunas variaciones. En 1535, cuando Diego de Almagro partió desde el Cuzco a la conquista de Chile, en su ejército compuesto de españoles e indios peruanos, venían Paullo Tupac, un príncipe incásico, y Huillac Human, sacerdote del culto del sol, a quien acompañaba su hija, la Nusta Huillac, de unos 23 años. Después que Tupac y Huillac huyeron del ejército, la Nusta se refugió en los bosques de la Pampa del Tamarugal, con cerca de cien servidores, los cuales tenían orden de apresar a los españoles que encontraban, que eran sometidos a toda clase de torturas, y de allí su nombre de La Tirana.

Van entrando las cofradías danzantes a la iglesia. La Virgen, que ya recorrió en desfile procesional las calles polvorientas de la aldea, ha sido instalada en el altar mayor, en el eje principal de la simple arquitectura del recinto. Permanece ahora inmutable, envuelta en su dignidad de Reina, a cuyos pies sus hijos bienamados siguen la lanza incesante y frenética. Una a una se van sucediendo las hermandades religiosas y de las gargantas se eleva el canto a su Virgen, ora alegre por la dicha de mirarla y de tenerla, ora melancólico porque el tiempo inexorable habrá de mar-





EL AUTOR

CARLOS BARELLA IRIARTE, Arquitecto de profesión, ha incursionado con igual pasión en otros campos artísticos.

El nombre de CARLOS IRIARTE, esconde al autor de dos libros de poemas: "AMANECEER", publicado en 1958 y "MEDIODIA", de reciente aparición. Acaba de ser laureado, el presente año, con el Segundo Premio en un Certamen Nacional de Poesía, convocado con motivo de celebrarse el Sesquicentenario de la creación del emblema patrio, concurso al que optaron sobre 800 oponentes.

AUCA se congratula de recibirlo en sus filas.

car el triste fin. Y habrá de anochecer, habrán de encenderse una a una las estrellas en el cielo azulmarino del desierto y habrá de llegar la luz violada de la aurora y aún los danzarinés infatigables y poseídos estarán turnándose en este increíble acto de adoración.

Los indios de la Ñusta apresaron a un extranjero que dijo llamarse Vasco de Almeyda y pertenecer a un grupo de portugueses que explotaban las minas de plata de Huantajaya. Los indios decidieron darle muerte, pero la Ñusta se había enamorado de él y consiguió aplazar la sentencia. De Almeyda convirtió a su amada al cristianismo y cuando la estaba bautizando, los indígenas, sintiéndose traicionados, dispararon sus arcos contra ellas. La Ñusta, antes de morir, pidió que los enterraran uno al lado del otro y que pusieran en sus tumbas una cruz. Posteriormente, en 1540, Fray Antonio de Rodón descubrió la cruz y al conocer la leyenda, levantó en ese lugar una capilla, que más tarde se convirtió en la Iglesia de la Virgen de La Tirana.

Es de noche. Desde las afueras del pueblo, junto a los retorcidos tamarugos, se escucha aún el atronador ritmo de los tambores y el lamento monacorde de las flautas. Se ve el resplandor —polvo fino iluminado— de las luces del templo. Acá, en las afueras, hay quietud y un pasar de sombras y cuchicheos silbantes. Aquí comienza el ágora infinita del desierto. Y los Héroes del drama vuelven a ser hombres — "porque polvo eres...". Hay sólo oscuridad. El alcohol —más deseado por prohibido— va pasando de garganta en garganta. Dionisios va a sustituir con su avasallante soplo vital la sobrenatural presencia de vírgenes y santos. Protegidos bajo el techo bordado de los tamarugos, muchos habrán de caer abrazados sobre la arena tibia, anhelante de humedad y de rocíos, en el siempre renovado rito del Amor y de la Vida.

El desierto inabarcable, dilatado entre oscuridades y tinieblas, es sólo sombra, silencio, eternidad.

